

## INAUGURACION EDIFICIO BEATRIZ

11.12.75

Forma parte de la tradición de las Reales Academias dar posesión al nuevo académico en un acto, que se desenvuelve en el marco de un ceremonial detallado, antiguo y solemne. A él se acostumbra a invitar a un sector del mundo intelectual y a los parientes y amigos del llamado beneficiario.

No disponemos nosotros de una fórmula consagrada por la costumbre para la toma de posesión de un edificio, para el acto simbólico de la entrega de lo que en el mundo de la empresa industrial se conoce por "llave en mano".

Todos conocemos en que consiste el acto de botadura de un buque, su puesta en servicio, su primera prueba de flotación en la mar.

La toma de posesión de un cargo, de un buque ó de un inmueble se puede considerar que es un acto público de asunción de una responsabilidad. Y esto siempre se celebra aunque sea para tratar de alegrar ese momento inicial de partida hacia un horizonte casi siempre incierto, cuando no oscuro.

Permitidme una digresión, aunque esta implique dar un paso atrás. Hace diez años cuando se adquirió el edificio del viejo monasterio de Las Jerónimas, no quisimos que el nuevo edificio que sustituyera a aquel fuera vulgar, desde un punto de vista arquitectónico y urbanístico. Y aquí está, ya realizado, un proyecto ambicioso que responde a exigencias arquitectónicas y funcionales.

Ahora, diez años después, en el momento de botar esta nave hemos tratado de reunir en un acto no habitual a quienes por vuestra afición a las letras, por vuestra dedicación a alguna de las diversas facetas de la cultura, deseábamos que nos acompañárais a esta toma de posesión en la que al clásico y alegre arranque con rotura de botella de champán y la acostumbrada designación de la madrina se suma una rigurosa nota intelectual. El tema de la conferencia ha sido elegido por lo que supone de continuidad con quienes habitaron este solar a lo largo de este siglo, las monjas de la Orden Jerónima.

Este es un acto de homenaje, y de un homenaje a la mujer. En Beatriz Galindo está implícito para nosotros el homenaje a las monjas que se fueron y, por supuesto, a las mujeres que hoy habéis dado realce al acto con vuestra presencia.

Gracias pues por venir a participar de una velada muy emotiva para quienes como nosotros tratamos de celebrar algo, en este caso, el comienzo de una nueva etapa, en algo que es a la vez nuestra profesión y nuestra vida: el arte de administrar.

Desde un punto de vista absolutamente personal, a mi me gustaría que tratáramos ahora de este tema. Pero no hemos levantado antes la copa de champán brindando por la realización de nuestros deseos sino que el brindis se hace por una mujer, Beatriz Galindo, eslabón perfecto, que salva la solución de continuidad que sin ella se establecería entre el pasado contemplativo de las monjas y el presente encarnado por personas entregadas a la vida activa.

Las palabras que, a continuación, pronunciará Mercedes Fórmica son pues apropiadas para esta ocasión.

No voy a hablaros de Mercedes Fórmica ni de su conferencia. Caería en la osadía si quisiera intentarlo. Os ofendería, además a vosotras y a ella. Conocéis mejor que yo su categoría y seriedad intelectual, su galanura y gracia andaluza.

Mi profesión me impide seguiros de cerca, leer vuestros escritos aunque sólo fuera por el sistema de la lectura rápida. Por afición, y quizá por haberlo heredado de mi padre, me encuentro entre los que creen que leer es una noble aventura. Además, para nosotros, hombres de acción, esa aventura se convierte en algo fundamental, ya que no es un pasatiempo, sino el alimento y el estímulo para nuestra propia actuación.

Siempre resulta positiva la experiencia de acotar un tema y profundizar en él. Por eso al tener que enfrentarnos con el problema de la botadura de esta nave, y al estimar que lo mejor era limitar este acto al mundo intelectual femenino, me he visto obligado a penetrar en vuestro campo.

Entiendo, además, que el ocupar esta tribuna durante algunos minutos para cumplir con el deber de presentar el acto, me exige conocer la personalidad de quienes, como vosotras, tan amablemente habéis aceptado compartir nuestra celebración. Deber que en este caso coincide con el placer.

Si conversar es un placer de dioses -como diría Platón-, leer equivale a conversar, a hablar con el autor o la autora de lo escrito.

Pues bien, al leerlos unas veces, y al no poder en otras sino hojear vuestra producción literaria, me he sorprendido gratamente por el número tan elevado de escritoras y por el nivel alcanzado en nuestro tiempo, nivel fácil de medir cuando es tan grande también, por ejemplo, el número de premios literarios conseguidos por las mujeres, o el número de secciones y páginas que os reservan ahora periódicos y revistas.

"No tenemos nada en contra de las mujeres" decía no hace mucho el Director de la Real Academia Española en respuesta al interrogante de por qué no hay ninguna mujer en la Academia. Pienso que con ello quería manifestar que va desapareciendo el agravio comparativo que implica la actitud -el prejuicio- de no valorar a las mujeres en las mismas condiciones que a los hombres. Pero existe todavía esa mentalidad que tanto critica Carmen Castro, por citar a una de vosotras, que viene "desde el principio de los tiempos y a lo largo de demasiado tiempo ya".

A esta luz he comprendido mejor el alcance del elogio a la mujer valiente que hace el autor de los Proverbios al final de su libro. Lo he leído muchas veces porque está escrito con fuerza. Pero comprendo que no acabe de satisfaceros a algunas de vosotras por tratarse de un elogio incompleto, ya que no contempla la vertiente intelectual como síntesis efectiva en muchas mujeres de acción.

Para un acto como el de hoy he andado buscando textos sobre los que poder apoyar un cierto paralelismo, difícil a primera vista porque no parece que puedan encontrarse, tangencial ni analógicamente vuestro "arte de escribir" con nuestro "arte de administrar".

Pero he aquí que, entretenido en la búsqueda, me acordé del ensayo de Menéndez Pidal "los españoles en la literatura". El capítulo de la sobriedad y el del arte para todos, me permiten enlazar vuestra profesión con la mía, porque si "el rasgo del temperamento español cuya permanencia consta mejor a través de los siglos es la sobriedad", un criterio básico para la construcción y la decoración de este inmueble ha sido también el de la sobriedad.

El capítulo de Menéndez Pidal dedicado al "arte para todos" es magistral. Me parece que él entiende el arte como vosotras y como nosotros. Lo concibe como impulso vital, no "el arte por el arte", si no el arte para la vida, el arte desde un planteamiento casi pragmático.

El arte español es principalmente un arte destinado a las mayorías. Es precisamente "la sobriedad en las formas de la vida" lo que aproxima "el hombre eminente al hombre común; de ella procede ese gusto del noble español por allanarse con el inferior, según notan viajeros extranjeros; la duquesa del Quijote, que pide a la humilde vecina un peine prestado. Por esa natural sencillez, igualmente, el escritor no quiere encumbrarse muy por cima del público, deseando ser comprensible a todos".

Este largo párrafo que os he leído, pertenece textualmente a Menéndez Pidal. Pero después de un punto y aparte, Don Ramón sigue escribiendo: "He llamado y se ha llamado a esto "popularismo", pero tal denominación suele ser muy mal entendida, equiparándola a "vulgarismo", lo cual es desacertado, pues el pueblo a quien se dirige el artista, no tiene nada que ver con el vulgo, sino, según ya Cicerón y Alfonso El Sabio precisan, pueblo es comunidad de patricios y plebeyos asociados por ideas, tradiciones e intereses comunes. Cervantes, aunque maldice insistentemente del vulgo, no se refugia en ningún cenáculo; se jacta de que su Quijote es manoseado por los niños, leído por los mozos, meditado por las personas graves, celebrado por los viejos, gustado por gentes de toda condición y saber; se dirige a la inmensa mayoría del público".

Este es el arte de mayorías, el dedicado a la comprensión de todos, el que no pretende -desdeñoso para los más- encerrarse en un sofisticado círculo de iniciados.

El Marqués de Lozoya, aquí presente, conoce muy bien estas ideas porque ha sabido aplicarlas con gran éxito. Su "Historia de España" en seis tomos ha rebasado el millón de ejemplares. A él le piden su autógrafo muchas gentes del pueblo. Las mismas que hacen populares a los grandes artistas.

Me temo que la pluma me ha llevado por derroteros que no pensaba recorrer. Algunos de éstos temas son más propios de Mercedes Fórmica, quien para disertar sobre ellos está aquí.

Permitidme, pues, que abandone el escenario sin más. Si en la presentación he omitido algo que debiera haber dicho, deseo suplirlo y extenderme en comentarios después que hayamos escuchado la conferencia, mientras, luego degustamos otra copa.

Luis Valls Taberner